# LIBRO VI.*

## CAPITULO VII.

### EL PARTIDO DE LA CONCILIACION.

Que el cristianismo de la legalidad y el cristianismo de la gracia que los discípulos de Pablo y los de los fariseos no hayan podido ponerse de acuerdo miéntras permanecian constantes y fieles á los principios respectivos, cosa es que no debe causarnos asombro. La historia y su literatura apostólicas, las mismas controversias modernas nos lo dicen sobradamente y nos lo esplican al mismo tiempo. Pero la historia enseña tambien, que el pensamiento humano se rige como la materia por una ley no ménos natural que general, en cuya virtud las antítesis, las teorías opuestas tienden á usarse, á desgastarse recíprocamente, á destruir, por el frotamiento, sus propias asperezas, á concluir, en fin, por encontrar una fórmula de mediacion, un terreno neutral ó comun, cuya vista les ocultaban al principio los puntos salientes de sus divergencias. Este fenómeno, tan viejo como el mundo, y siempre nuevo, se observa mil veces en grande y en pequeño, en la política, en las ciencias, en la Iglesia, en todas las relaciones sociales. Porque el hombre es de tal índole, que ántes observa las diferencias que las analogías, por hallarse aquellas mas á menudo en la superfi-

* Lo mas profundo que hemos visto sobre estas graves cuestiones, que nosotros no hemos podido profundizar en nuestras lecciones orales, es este capítulo de un gran teólogo moderno, cuya lectura recomendamos. Hay que notar, que siendo protestante y calvinista el autor, da al dogma de la gracia una estension que nosotros no podemos reconocerle.

cie, y estas mas de ordinario en el fondo. Así, en la teología, cuántas veces no se ha visto á las escuelas y sectas separarse por cuestiones relativamente accidentales, y desconocer ú olvidar lo que hubiera debido aproximarlas! Cuántas veces, querellas seculares han terminado por el triunfo de una idea que ninguno de los dos partidos habia escrito al principio en su bandera, y en favor de la cual ambos al fin habian hecho sacrificios! Gran error seria sin duda proclamar como principio absoluto, que la verdad está siempre en el justo medio de dos tésis accidentalmente opuestas; y sin embargo, el antiguo adagio que recomienda buscarla con preferencia en aquel lugar, no se funda tampoco en ninguna ilusion. Mas no hay que engañarse en cuanto á la aplicacion que pensamos hacer de estas reglas. Léjos estamos de decir que para encontrar la verdad sea menester alejarse de Pablo, para aproximarse á los fariseos. Nuestra observacion no tiende á ensalzar un método, sino á señalar un fenómeno psicológico, del cual vamos á encontrar un ejemplo tan palpable como poco estudiado en la historia de la teología apostólica.

Hemos visto las teorías frente á frente, los partidos en estado de guerra abierta: la unidad de la Iglesia seriamente comprometida desde los primeros pasos que daba en el mundo. Pudiérase haber creido que una de las dos tendencias esclusivas se encargaria de guiar por sí sola á la Iglesia en su camino, despues de conseguir sobre la otra una victoria decisiva que á un tiempo salvase su integridad y confirmase su privilegio. Nada de esto sucedió, sin embargo. La Iglesia permaneció una, universal, ó mas bien, fué siéndolo poco á poco; pero no por el triunfo de uno de los partidos principales.

En una época muy remota de esta historia, cuando aún no se trataba, ni con mucho, de literatura teológica, vemos ya despuntar en el horizonte un cierto espíritu de conciliacion, que casi instintivamente al principio, se ponia en medio de los partidos y de las controversias, se apoderaba del terreno que debia de servirles de palenque y procuraba calmar el ardor de los combatientes, cubriéndolos con su estandarte de paz y concordia. En las conferencias de Jerusalen, en aquel primero y solemne debate teológico, vemos ya que la necesidad de paz y las miras prácticas se sobreponen á los principios. En efecto, miéntras por una parte se pedia la conservacion del rito mosáico para todos los que pretendiesen entrar en la Iglesia, y por la otra se proclamaba su abolicion, aun para aquellos que hasta entónces lo habian observado, en presencia de estas dos opiniones diametralmente opuestas; pero ambas fundadas en axiomas que no admitian escepcion alguna, ¿cuál fué el partido adoptado por la asamblea apostólica? Una resolucion que chocaba de frente con uno y otro axioma, un decreto que no se fundaba en ningun principio absoluto, y que por consecuencia ninguna probabilidad de éxito tenia, y ved aquí que al ménos por espacio de algun tiempo aquel era el único espediente practicable, y por lo tanto, justificado por las circunstancias. Los judíos debian seguir siendo judíos, los paganos quedaban dispensados de serlo, se respetaban todas las costumbres y se transigia con todas las repugnancias: ved aquí lo que se propuso, lo que se adoptó y lo que en último caso hubiera sucedido, aunque no se hubiese ordenado. Decision cándidamente inconsecuente, si se quiere, pero de admirable prudencia sobre todo, porque, sin saberlo, demostraba una gran verdad: que los hombres no se han hecho para las teorías, y que las teorías deben hacerse para los hombres. (Marc. II, 27.)



Este programa de Jerusalen es acontecimiento tan importante en el desenvolvimiento progresivo de las ideas cristianas, que bien merece que aprovechemos esta ocasion para detenernos en él algunos instantes. Y será tanto mas necesario determinar su trascendencia, cuanto que el interes dogmático ha falseado á menudo su interpretacion. Los Apóstoles, reconociendo que la vocacion de los gentiles habia ya sido anunciada por los profetas (Act. XV, 15), y determinados principalmente por el brillante resultado de las misiones estranjeras, temieron mostrarse rebeldes á la voluntad de Dios, é impedir los progresos del trabajo evangélico, imponiendo á los paganos obligaciones ya muy pesadas para los que á ellas estaban acostumbrados desde la infancia. —Proclamaron, pues, la dispensa reclamada en favor de los prosélitos paganos, á saber, la de la circuncision y de todos los demas ritos judaicos, consagrados por la ley (v. 24). Pero con ello jamas entendieron conceder semejante dispensa á los judíos, ó lo que es lo mismo, librarse personalmente de una série de obligaciones que podian sin duda parecerles onerosas, pero á las cuales sus hábitos y su conciencia daban incontestable valor religioso. Santiago, en el momento mismo en que pedia que se otorgase la dispensa á los paganos, añadió esplícitamente que solo para ellos la queria.—Cuanto á los hombres de la circuncision, dice (v, 21), no habemos menester formar un reglamento que les concierna: ahí están las sinagogas para enseñarles sus deberes; y en ellas pueden oir cada sábado, en la lectura de la ley, cuáles son sus obligaciones.—Si pudiera quedar la menor duda acerca de la

esactitud de esta interpretacion, la persecucion de la historia la desvaneceria.—Porque cuando Pablo en su postrer viaje á Jerusalen, fué á buscar á Santiago (XXI, 20, ss.), este, de concierto con los ancianos de su iglesia, mostrándose muy edificado por los triunfos de su colega entre los paganos, le dijo sin rodeos que en Palestina la opinion pública entre los cristianos, estaba sublevada contra él. Los fieles de aquella tierra, sin escepcion, se atenian religiosamente á la ley y á sus ritos. Y habiendo oido que Pablo no se ceñia á evangelizar á los paganos y á asegurarles el beneficio de la dispensa, sino que pretendia tambien atraer á sus miras á los judíos y les predicaba una verdadera apostasía, diciéndoles que no circuncidasen á sus hijos, ni se sometiesen á las prácticas ascéticas del judaismo,—los cristianos de Jerusalen se habian conmovido vivamente con tales noticias. No era así como se habian arreglado los asuntos en las conferencias, y los mas avanzados del partido de la resistencia, recordaban y ponderaban sin duda las siniestras predicciones que habian hecho, cuando los demas, contra su opinion, se habian lanzado por el camino de las concesiones. Santiago y sus colegas, fieles al programa y sin querer estrecharlo ni estenderlo (v, 25), no vacilan en creer, segun parece, que Pablo es inocente del hecho de que se le acusa, ó al ménos no juzgan conveniente examinar el asunto mas al pormenor, y le aconsejan que aplaque el mal humor de la Iglesia con una demostracion pública de su ortodoxia personal.

Como no pretendemos apreciar aquí la conducta de los Apóstoles, sino señalar sus principios teológicos, no nos detendremos á indicar el triste papel que en tal ocasion se hace representar á un hombre que no tenia la costumbre de transigir en materia de principios ni de regatear sus convicciones. Si los hechos pasaron realmente como se cuentan, forzoso será decir que la prudencia y la necesidad de la paz llegaron por parte de Pablo hasta el esceso, y que un acto en sí mismo escusable, y aun legítimo, presenta aquí todas las apariencias de la hipocresía. Pero no insistimos sobre esta parte de la narracion, sino para probar hasta la evidencia que el programa de Jerusalen reservaba esplícitamente el carácter obligatorio de la ley para los judío-cristianos, no como concesion de forma ó puramente temporal hasta que estuviese determinada su educacion religiosa, sino como dogma y por tiempo indefinido. ¿Por qué, pues, se dejaba libres de tal carga á los paganos? O bien si estos podian permanecer esentos de ella sin perjuicio de su carácter y aspiraciones de cristianos, ¿por qué imponerla á los judíos? Bien se ve que la dispensa parcial no era consecuencia de un principio absoluto, ni un axioma teológico, sino una transaccion con las circunstancias, un término medio para salir del apuro, un espediente, en fin, aconsejando á sus autores, en parte por la evidencia de los hechos ó por un sentimiento instintivo de que aún no se daban cuenta, y en parte por el influjo de una preocupacion, tanto mas irresistible en boca de los demas, cuanto que ellos mismos aún no habian conseguido desecharla.



Sin embargo, aquel término medio, formulado en Jerusalen como una especie de carta, con la cual se esperaba asegurar la paz de la Iglesia, era mas bien efecto de una situacion que los Apóstoles no podian cambiar aunque hubiesen querido, que causa de la direccion tomada por el desenvolvimiento ulterior de las ideas. Si el judaismo subsistió en el seno de la Iglesia, no acusaremos de ello á los autores del programa, y solo veremos en tal hecho una razon para escusar á estos últimos que no podian realizar con las fuerzas de que disponian, lo que no realizó el genio mismo de Pablo. Si este último que tan claramente entreveia el fin, y á quien jamas faltó la voluntad, no consiguió implantar inmediatamente la verdad evangélica en un terreno muy poco preparado todavía, sino que hubo de legar á los siglos futuros el cuidado de descubrirla de nuevo, y repetidamente, no recriminaremos por cierto á sus antecesores, porque su sencillo celo, circunscrito á un horizonte ménos estenso, no haya podido ensanchar mas el de sus contemporáneos.

La fórmula convenida en las conferencias de Jerusalen, llama la atencion del historiador por otra disposicion concerniente á los paganos. Al dispensarlos de observar los ritos mosáicos, se les prescribieron ciertas obligaciones mas generales que ya vimos imponer en otra esfera á las personas que, sin aceptar la circuncision, querian tener el derecho de frecuentar la sinagoga. - (Lib. I, c. VIII; lib. VI, c. III). Fácil es recordar lo que se ha dicho acerca de los prosélitos y sobre los preceptos llamados máquicos, á que se les sujetaba. Los paganos, al afiliarse en la Iglesia, debian al ménos comprometerse á observar aquellos pocos preceptos, facilitando así á los judíos un trato mas íntimo con ellos.—Muchos de estos preceptos pueden parecernos de escasa importancia religiosa: por ejemplo, la prohibicion de comer manjares preparados con sangre ó carne de animales estrangulados; pero conviene mirar el asunto desde el punto de vista opuesto. Para los Apóstoles era una concesion inmensa el limitarse á tan poca cosa,

cuando vemos que, á pesar de ella, Pedro se violenta para sentarse á la mesa con gente incircuncisa (Gal. II, 12). Aquello era realmente cuanto podian hacer en favor de la union y de la concordia: ir mas allá, hubiera sido romper violentamente con el pasado, y perder pié casi al primer paso. Aquella concesion, fuerza es reconocerlo, no era por su parte ni resultado de un principio dogmático, ni efecto de una transaccion momentánea. Porque en cuanto á este último hecho, declaran positivamente que la abstinencia prescrita es cosa absolutamente necesaria (XV, 28), y no preven que mas pronto ó mas tarde, pueda tener lugar una fusion de los partidos, que haga inútil semejante precaucion. Por otra parte, difícil seria encontrar un sistema de teología evangélica, el punto ó la tésis en que pueda apoyarse la prohibicion de comer ciertas carnes. No hay consecuencia ni encadenamiento teórico entre la declaracion de qué un hombre puede salvarse sin la circuncision, y la repugnancia manifestada respecto de los que comen carne de un animal estrangulado. De estos dos hechos debemos deducir que aquella parte del programa habia sido inspirada á sus autores por una preocupacion que respetaban, no por condescendencia, sino porque ellos mismos la tenian.

Así, el sistema de Pablo y el del fariseo, ambos igualmente íntegros y consecuentes, tuvieron que doblarse ante consideraciones de un órden comparativamente inferior. — Se pretendió imponerles, al ménos en la práctica, un yugo á que no pudieron someterse en la teoría. Así, vemos por las epístolas, escritas todas despues de esta decision, que Pablo no hace caso de ella, y que hasta la tolerancia de que hace voluntaria profesion para no chocar con nadie (1 Cor., IX, 20, ss.), procedia en él del principio de la caridad fraternal, y no era en modo alguno efecto de una necesidad teórica ó de una influencia gerárquica ó estraña. La Iglesia solo tiene motivos de felicitarse por esta insubordinacion del gran Apóstol, en cuyas obras encuentra la verdad pura hoy que las circunstancias hacen innecesarios los términos medios que demasiado tiempo han servido de base á la ciencia y á la vida cristianas.

# CAPITULO VIII.

## LA EPISTOLA DE PEDRO.

Lo que acabamos de ver respecto de la historia, lo veremos con igual facilidad respecto de la literatura. La necesidad natural de aproximarse unos á otros en presencia de un mundo cada vez peor dispuesto, el espíritu ilustrado de los gefes de la Iglesia, la conviccion de que esta debia ser una y universal, bajo la direccion invisible, pero eficaz de un solo Salvador, y por último, la misma imposibilidad en que muchos cristianos estaban de apreciar el valor teológico de la diversidad de tendencias que ellos podian creer existentes solo en las formas esteriores,—todo esto favoreció el movimiento de conciliacion. La fórmula de Pablo, que era la mas completa, la mas elevada y la mas consecuente, debia predominar en este trabajo de fusion; pero tambien se esponia á perder una parte de su esencia, y sobre todo, de su rigidez práctica. Ya hemos visto anteriormente que su carácter místico no era á propósito para que todo el mundo lo comprendiese y guardase intacto de la misma manera. Por otra parte, su posicion respecto de la ley, habia disminuido mucho su influencia, y cada cual se sentia inclinado á mitigar por este concepto los principios, aplicándolos con ménos rigor.

En tal sentido habremos de llamar la atencion de nuestros lectores hácia otros muchos escritos del primer siglo, de que aún no hemos hablado especialmente, y que representarán en el desenvolvimiento de

la teología evangélica esta tendencia de fusion y de conciliacion.—Empezaremos por Pedro, cuya epístola se acerca tanto á las de Pablo en este concepto, cuanto su objeto particular lo permite.

Conocida es la posicion de Pedro en la Iglesia. Judío-cristiano, convencido y nuevo, habia necesitado de una revelacion especial para saber que le era permitido sentarse á la mesa con gente incircuncisa, y bautizarla. Mas tarde todavía servia su nombre de bandera al partido del legalismo. Segun el testimonio que de él da el mismo Pablo debemos creer que no participaba de las ideas rígidas de los fariseos: en las conferencias de Jerusalen se esforzó por conseguir la aproximacion, y los dos Apóstoles se separaron como buenos amigos y colegas. —Sin embargo, quedóle cierta indecision de carácter, cierta debilidad en los asuntos de poca monta y juntamente un valor á toda prueba en las grandes ocasiones. Así como en otro tiempo su conviccion proclamada á voces en un momento solemne, y su fidelidad que le habia puesto la espada en la mano contra una fuerza superior, pudieron desvanecerse ante las burlas de algunos criados, así tambien el elocuente orador de Pentecostés, el valiente defensor del Evangelio ante el Sanhedrin, se dejó intimidar en Antioquía por algunos oscuros fanáticos, y renegó de los principios profesados públicamente y consagrados á sus ojos por una revelacion especial. La teología enseñada por este discípulo se resentirá un poco de esta posicion flotante entre las teorías opuestas.

La epístola de Pedro está tan léjos de ser una carta ó epístola propiamente dicha, como lo estaba la dirigida á los hebreos. Imposible es descubrir en este discurso una reunion de lectores primitivos distintamente caracterizados ó personalmente conocidos del autor. La direccion, aunque contiene muchos nombres geográficos, es demasiado general para que pueda invocarse contra nuestra opinion. Todas las alusiones á circunstancias especiales son allí tan vagas, que se ha podido afirmar alternativamente que el Apóstol se dirigia con preferencia ó con particularidad, ya á los éthnico-cristianos, ya á los judío-cristianos. El hecho es que se dirige á todo el mundo, y la antigua Iglesia tuvo mucha razon al poner esta epístola en la misma categoría que la primera de Juan, como epístola católica, es decir, dirigida á los creyentes en general.

En cuanto á su contenido, es esencialmente parenética, y presenta una série de exhortaciones morales relativas á diferentes deberes generales y particulares. En ella se insiste principalmente sobre las disposiciones hostiles que animan al mundo contra la Iglesia, y el autor deduce de ellas un motivo poderoso para llevar una vida pura y capaz de servir de modelo á los demas.—Su predicacion enteramente práctica, se apoya de una parte en las esperanzas generales dadas á los creyentes por el Evangelio, y de la otra en el objeto y efectos de la muerte de Cristo.



Es evidente, segun lo dicho, que no hemos de encontrar en este documento un sistema completo de teología cristiana, porque el objeto del autor no es la enseñanza teórica. Sin embargo, fácil será recoger en él una série de tésis dogmáticas que, aunque no están desenvueltas científicamente, no dejan de suministrarnos los materiales necesarios para caracterizar bien este punto. Pero ántes de pasar á ello debemos señalar un hecho muy singular relativo á esta epístola, y que ha sido para nosotros de mucha importancia en la eleccion del puesto que le señalamos.—Este mismo Pedro, á quien hemos visto en su vida apostólica dejándose dominar fácilmente por las circunstancias y sacrificando sus principios á las influencias del momento, se presenta aquí como autor, sometiéndose á la dependencia de sus predecesores. En efecto, su carta, aunque corta, contiene una larga série de pasajes mas ó ménos literalmente copiados de otras epístolas, y lo que es mas curioso, tomados por una parte de Pablo, y por otra de Santiago. El hecho no puede ponerse en duda ni atribuirse á la casualidad.—Ni se esplica mejor diciendo que el autor, poco ejercitado en la redaccion griega, pudo recurrir á los escritos de sus predecesores. En el punto á que hemos llegado por la apreciacion de la posicion respectiva de los hombres y de las cosas en esta época, es imposible no ver en este ensayo de hacer hablar á Pablo y á Santiago, como si dijéramos por una misma boca, una intencion directa, un método premeditado, un objeto, en fin, que entra perfectamente en las miras que mas arriba hemos caracterizado. Conviene advertir que la dependencia que señalamos no es absoluta; al contrario, gran número de frases y de ideas dan á conocer un trabajo propio é individual, y la relacion es muy diferente de la que existe entre la segunda epístola llamada de Pedro, y la de Judas, donde hay verdadero plagio.—Pero esto mismo demuestra que los pasajes están tomados con conocimiento de causa y con deliberado propósito, es decir, en la persuasion de que ambos matices no se escluyen.

El de nuestra epístola, ya lo hemos dicho, en el fondo es Paulino. Allí podemos recoger sin trabajo una série de fórmulas que nos re-

cuerdan la enseñanza del gran Apóstol de las gentes. Ya se comprende que es imposible reducir á sistema los datos esparcidos y accidentalmente insertos en una especie de discurso homilético. Por eso nadie ha emprendido una semejante tarea, y nosotros tampoco la emprenderemos; pero sí deseamos hacer patentes las numerosas analogías que aproximan entre sí á entrambos teólogos, y los matices que los separan.

La base psicológica de la teología paulina, aunque solo se toque de paso, está bastante indicada en nuestra epístola. El hombre ántes de convertirse á Cristo, está sumergido en una ignorancia que le entrega al vicio (I, 14), y sus inclinaciones naturales (IV, 2 ) son opuestas á la voluntad de Dios. Estas inclinaciones están en guerra abierta con el alma ó combaten contra sus intereses bien entendidos (II, 11).—La gracia de Dios nos pone hoy en mejor condicion (I, 10; V, 10; I, 3; II, 10). Esta gracia es el objeto (V, 12) de la buena nueva que se nos ha anunciado, en la época determinada por Dios (I, 11), por hombres enviados para ello con el don del Espíritu (I, 12), despues que los profetas y los ángeles mismos no han tenido de ello mas que un conocimiento imperfecto, bien que decretado ántes de la creacion del mundo (I, 20.) El Evangelio (I, 25; IV, 6, 17) nos revela los decretos de Dios, el ministerio de Cristo, el juicio y la vida eterna.—La salvacion del individuo es efecto de la aplicacion especial de la gracia, porque se trata de la presencia de Dios (I, 2), y aquellos á quien toca la gracia se llaman elegidos (I, 1; II, 9). Dios los ha llamado (I, 15; II, 9; V, 10) y ellos han escuchado su voz de verdad (I, 2, 14, 22); miéntras que los otros hombres han permanecido desobedientes (II, 7; III, 1, 20; IV, 17). Los pecados de los primeros quedan abolidos por Cristo (II, 24), cordero sin pecado (I, 19; II, 22); cuya sangre nos redime tambien (I, 18), es decir, nos libra de los hábitos de pecado que son nuestra herencia, y nos conduce (III, 18), hácia Dios. Así, pues, estamos desde ahora santificados por el Espíritu de Dios (I, 2), que reposa sobre nosotros (IV, 14) y que ya nos ha ayudado en nuestra conversion (I, 22). Los elegidos deben ser santos (I, 15 ss.) como Dios mismo lo es, y porque lo es; un pueblo santo, una casta santa y real de sacerdotes (II, 5, 9 ) llamados á ofrecer á Dios sacrificios espirituales que le sean agradables.—Su vida es un progreso en el bien, comparable al crecimiento de un niño (II, 2) nutrido de leche santa.—Esta salud interior (III, 4), esta pureza de corazon (I, 22) alejada de toda ostentacion mundana, forma á los ojos de Dios, que todo lo ve, el



mas precioso ornamento del hombre (III, 4). Ella es la fuente de aquel amor sincero y activo que mira como hermanos (IIs, 17; V, 9; cap. I, 22; IV, 8) á todos aquellos que están unidos á Cristo por amor y agradecimiento (I, 8). Ellos buscarán medio de prestarse servicios mutuos, cada cual segun las fuerzas y las facultades (IV, 10) que ha recibido de la gracia de Dios y de que se considerará como administrador en provecho de la comunidad. A esta última se la llama la casa de Dios (IV, 17), y esta imágen está descrita con complacencia (II, 5 ss.) en el sentido de la alegoría que ya conocemos. Segun una imágen, los fieles forman un rebaño; sus gefes espirituales y sus vigilantes, son pastores; sobre todos ellos está Cristo, pastor supremo, vigilante por escelencia de las almas de los suyos (II, 25; V, 4).—El Evangelio nos anuncia una existencia dichosa; pero la realidad aún está léjos de dárnosla. Todo lo prometido solo lo poseemos aún en esperanza (I, 3 21; III, 15), la gracia misma no se cumplirá perfectamente sino en lo porvenir (I, 7). Hasta entónces nos aguardan pruebas dolorosas (I, 6; II, I9 s; III, 14; IV, 12; V, 9, etc); por ellas estamos en comunion (IV, 13) con Cristo que ha sufrido tambien, y por nosotros (I, 11; IV, 1; V, 1) para ser despues exaltado á la diestra de Dios, y para reinar sobre los ángeles (III, 22; cf. I, 21). ¡Dichosos si no padecemos por faltas ó crímenes, sino por pertenecer á Cristo, por ser cristianos (IV, 16) y si resistimos en la prueba! (I, 7). Corta es, por otra parte (V, 10); el fin está cercano (1V, 7). Pronto se revelará el Señor nuevamente [I, 7, 13] y con gloria [IV, 13; V, 1]; por él y con él se revelará tambien nuestra salvacion definitiva [I, 5], estado de gloria y de felicidad [I, 7; V. 1], del cual debemos participar, y que es como la corona del vencedor despues del combate [V. 4], la recompensa final de nuestra fé en Dios [I, 9].

Este resúmen suscinto basta para mostrar las numerosas relaciones que existen entre la teología de nuestra epístola y la de la de Pablo, Fácil hubiera sido aumentar el número de los puntos de contacto, comprendiendo otra série de espresiones igualmente familiares á esta última, pero ménos importantes. A pesar de todo, los dos sistemas [por mejor decir, las dos séries de ideas, porque Pedro no da sistema] distan mucho de ser idénticas. Al de que ahora tratamos, falta hasta lo mas esencial y fundamental; la justificacion por la fé, y por consiguiente todo el misticismo, con el cual pierde aquí su principio vital la teología de Pablo. Efectivamente, en Pedro la fé tiene por objeto las cosas venideras, lo mismo absolutamente que en la epístola